

ADVINCULA RUBIO DE GARRIDO

FÁBULAS DE ESOPPO

§

BUENOS AIRES

1 9 4 0

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

À la Bibliothèque de l'Académie
Nationale de l'Éducation
Ouvrages de l'auteur
Estimable Pierre de Garrido

Buenos Aires, 27 de Febrero / 9

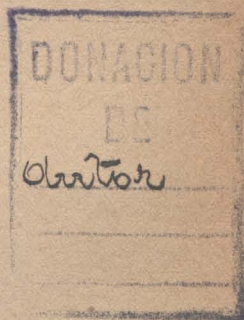
32.952

ADVINCULA RUBIO DE GARRIDO

891.-

FABULAS DE ESOPPO

§



BUENOS AIRES

1 9 4 0

124 X 176
(20)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Es propiedad. Hecho el
depósito que marca la ley

PALABRAS DE LA AUTORA

Deseando contribuir a la obra educativa en que se halla empeñada actualmente la escuela primaria para cumplir con las interesantes sugerencias de los novísimos programas de enseñanza, en los que se presta preferente atención al idioma nacional, me he decidido a publicar esta obrita que contiene cuarenta y siete fábulas del insigne fabulista griego, tomadas de entre las más sugestivas y versificadas por mí, sin pretensiones de superar su prosa clara, flúida, amena y armoniosa, sino, simplemente, para facilitarles el aprendizaje de memoria a los escolares, ya que el verso es más fácil de retener que la prosa y agrada naturalmente a la infancia. Además, las fábulas en que intervienen como personajes los animales, son las preferidas por los niños y nada más aprovechable que esa preferencia, para afirmar principios morales que permanecen incommovibles a través del tiempo y de las edades, en las siempre actualizables fábulas de Esopo.

La imprevisión, la avaricia, la mezquindad de espí-

ritu, la dureza de corazón, el temor, la cobardía, el aprovechamiento del poder brutal sobre los seres débiles, la envidia, el rencor, la venganza, la guerra, el crimen, el robo, el vicio, el entonamiento, la fatuidad, el orgullo, la vanidad, el engaño, la perfidia, la lisonja interesada, la adulonería, la traición, la pretensión ridícula, la tontería, la credulidad ciega, la haraganería, tienen su fina condenación en las fábulas de Esopo, así como merecen su elogio firme y sincero todas las virtudes humanas, la previsión contra el mal y las desgracias, la generosidad, la bondad de alma, la gratitud, el comedimiento, la dulzura, la valentía, el respeto a los débiles, la sinceridad, la sencillez, la humanidad, la honestidad, la honradez, el amor al prójimo, la compasión para el caído, la ayuda mutua, la cooperación, la prudencia, el trabajo, la libertad, el derecho de defensa, el respeto de la opinión ajena, la conformidad con lo que nos ha tocado en suerte, nada escapa a la agudeza del fino y delicado crítico de la humanidad.

He titulado este libro con el simple título de "Fábulas de Esopo Versificadas", respetando la originalidad, ajustándome estrictamente al concepto y adaptando la forma a la capacidad comprensiva del niño.

Para hacer más variada la métrica, he usado versos de seis, de siete, de ocho, de nueve, de diez, de once, de doce y hasta de catorce sílabas, aunque abundan los octosílabos y endecasílabos, a propósito, por ser los de musicalidad más fácil para el aprendizaje.

Con estas palabras, entrego la obra al público lector y muy especialmente al magisterio y al alumnado primario de la República, segura de que sabrá ⁿvalorar un esfuerzo que, sin pretensiones literarias, se ha dirigido hacia ese mundo espiritual del niño que aguarda como la planta tierna, el rocío bienhechor de una orientación moral a través de la fábula que satisfaciendo su imaginación, le proporcione, deleitándole, una ayuda para la educación de sus sentimientos humanitarios que, arraigados en la infancia, perdurarán en la edad adulta, haciendo más factibles las posibilidades de una mejor comprensión humana, para el amor y para la paz.

Advíncula Rubio de Garrido.

FABULAS DE ESOPPO

EL PAVO REAL Y JUNO

—¡O^H diosa Juno, olímpica, divina,
 oye la justa queja que me embarga.
 ¿Por qué del ruiñeñor el canto dulce
 no pusiste en mi rústica garganta?

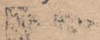
Él embruja la selva; sus gorjeos
 los oídos halagan y entusiasman;
 yo sólo hago reír, yo los aturdo;
 mi grito destemplado los espanta.

(Y el pavo real en sus ojillos muestra
 una furtiva lágrima de plata).

La diosa, consolándole, repuso:
tu belleza es mayor: regia es tu talla;
en tu cola refulgen pedrerías
y en tu cuello se luce la esmeralda.

—¿De qué me sirve esta belleza muda?
Yo quiero perfección: cámbiame el canto...
—Tu destino fué así, como ya eres;
—dijo la diosa— ahórrate el quebranto.

La hermosura te dió Naturaleza;
el canto melodioso al ruiñeñor;
al águila caudal le dió la fuerza
y a la paloma el conyugal amor.



La rapidez le dió a la golondrina
y ninguno es tan bello como tú;
pero todos, felices con su suerte,
viven tranquilos bajo el cielo azul.

.....
Perfecto, cual los dioses, el gran pavo
vanidoso, aspiró llegar a ser;
pero no le valió su hábil reclamo...
Cosas de pavo, al fin... ¡qué se va a hacer!

EL ASNO Y LAS RANAS

AL pasar una laguna
cierto asnillo muy cargado
bajo el peso de la leña
se iba yendo de costado.

Por más esfuerzos que hacía,
no consiguió enderezarse
y ante tan cruel contratiempo,
empezaba a lamentarse,
cuando las ranas surgiendo
duramente le increparon:

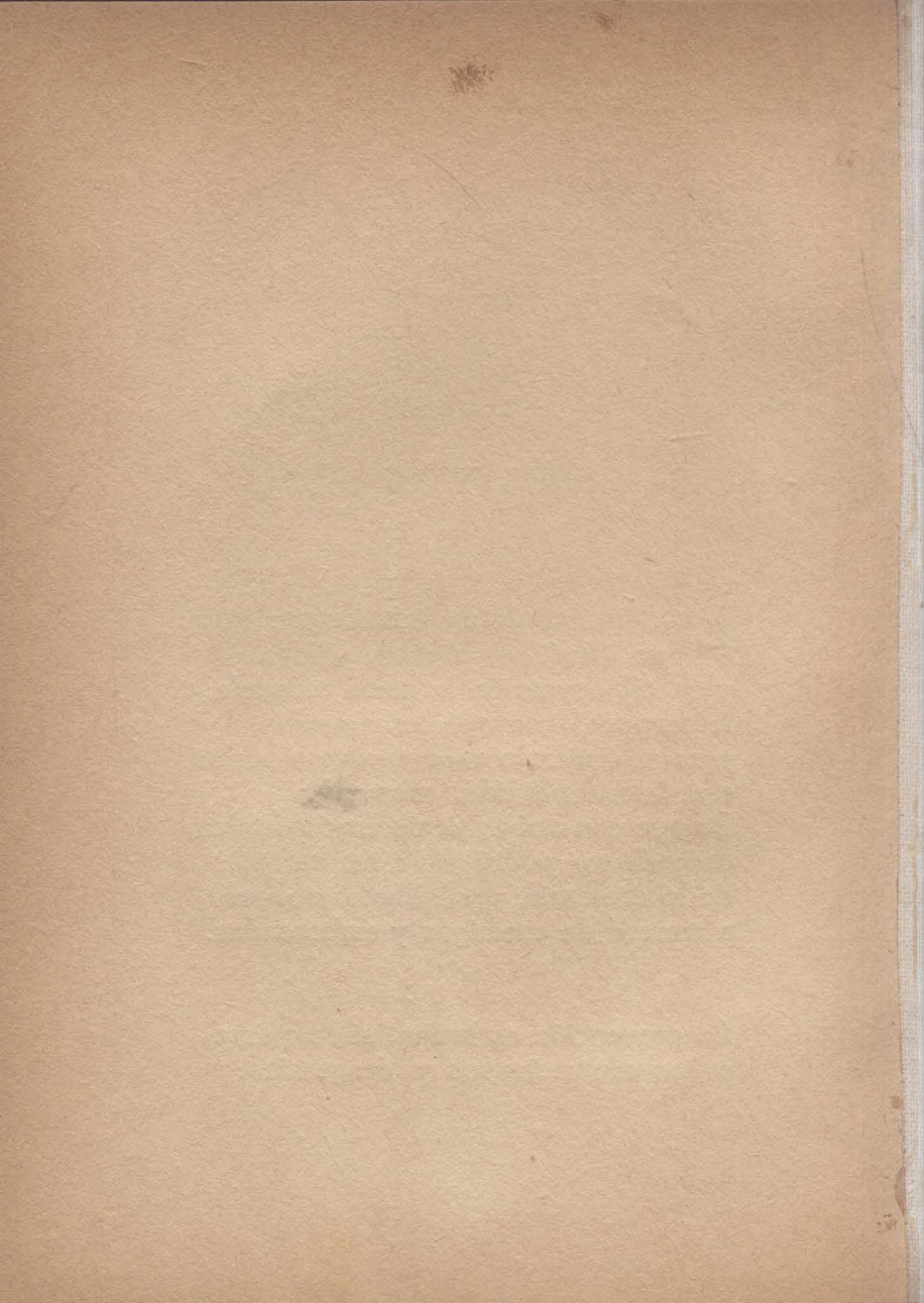
—¡Vaya un quejarse de vicio,
si apenas hace un momento
que en el agua te has caído;
en cambio, ¡pobres nosotras!
croaron todas a úna,
pasamos toda la vida
metidas en la laguna.

Lejos de desanimarnos,
debemos prestarnos bríos;
sinsabores y tristezas,
al agua, lector amigo.

LA ZORRA Y EL JABALÍ

EN el tronco de un árbol corpulento
un jabalí sus dientes afilaba
y en tal ocupación la zorra viéndole,
le preguntó por qué los aguzaba,
pues no teniendo nada en que cebarlos,
era tiempo perdido, aseguraba.
Porque con armas siempre preparadas,
defenderme podré si se me ataca;
de lo contrario, me hallaría siempre
a merced de enemigos y emboscadas.

La prevención es buena, si se quiere
evitar contratiempos y desgracias.



EL PERRO Y LA CARNE

POR un tranquilo arroyuelo
de ondas mansas, cristalinas,
pasaba un perro llevando
carne sacada a hurtadillas.

El agua, cual fiel espejo,
su figura retrató
y el can avaro se dijo:
—Aquí va otro como yo.

He de quitarle ese trozo
y los dos devoraré—
y ¡zás!, soltando su presa,
quizo apoderarse de él.

Pero miró con espanto
que ambos trozos a la vez
se los llevó la corriente
y se quedó sin comer.

No te muestres codicioso,
pues te puede suceder
que por abarcar lo ajeno
llegues lo propio a perder.

EL LADRON Y EL PERRO

UN ladrón, a la puerta de una casa,
halló a un noble mastín, guardián prudente,
y, deseando amansarlo, con halagos,
le colocó un arenque entre los dientes.

El perro le miró con gran fijeza
y con tono cortés hablarle pudo:
—Cuando tú te acercabas, yo creía
que eras un bandolero, sin escrúpulos;

Pero ya que pretendes sobornarme,
eres algo peor, te lo aseguro;
voy a llamar al amo que te observe,
para saber lo que eres; yo le escudo.

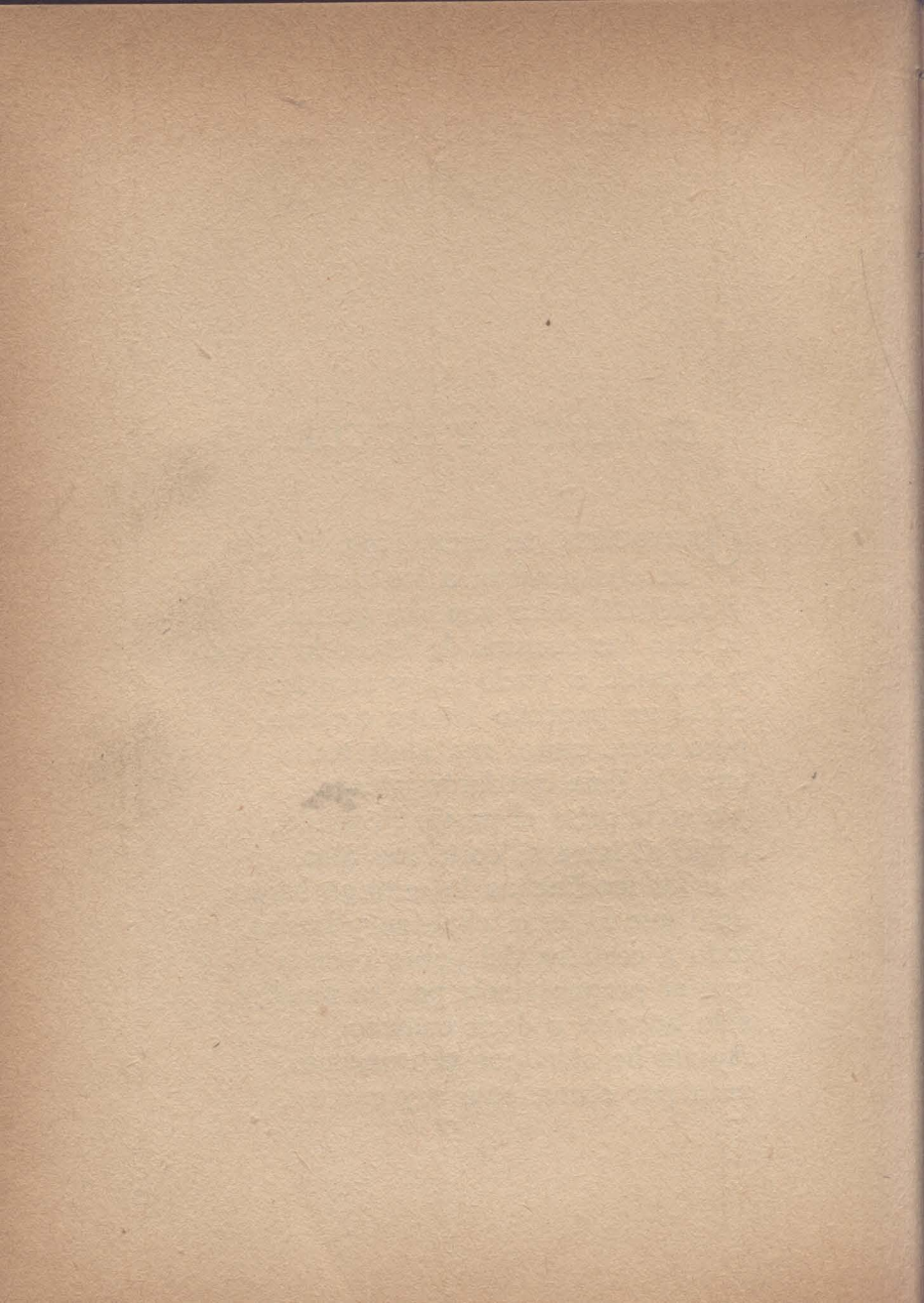
Y ladrando con fuerza fieramente,
el peligro ahuyentó el mastín valiente.

LA MUJER Y LA GALLINA

UNA gallina cuidaba
doña Paca, y cada día
le ofrendaba un blanco huevo
que la dueña se engullía.
Avara la doña Paca,
Pensó en doblarle ración,
creyendo que de este modo,
el ave pondría dos.
Engordando la gallina,
pronto dejó de poner
y doña Paca quedóse
con ganitas de comer,
diciendo para sí misma,
no sin un cierto pesar:
El exceso de abundancia
es siempre perjudicial.

EL AGUILA Y EL CUERVO

OBSERVANDO un cuervo que las águilas
se abalanzaban a los corderos
y arrebatábanlos con sus garras,
se hizo las cuentas de hacer lo propio
y echando el vuelo fué y arrojóse
sobre un pequeño blanco cordero,
pero entre tanto, sus uñas todas
entre la lana quedaron presas,
y a toda prisa el pastor llegando,
cogió al intruso, cortó sus alas,
y a los muchachos lo entregó luego;
dejó que hicieran chanzas y burlas,
todo a costillas del pobre cuervo
que al preguntársele por su nombre,
sólo atinaba a decir confeso;
Aguila he sido por pensamiento,
pero por obras, sólo soy cuervo.



LAS PALOMAS Y EL GAVILAN

PERSEGUIDAS las palomas
por un cobarde milano,
tomaron por defensor
al gavián; lo nombraron
monarca de sus dominios,
depositando en sus garras
todo el poder, en la creencia
de que sabría ampararlas.
Pero el gavián, tan pronto
como las tuvo a su mandó,
comenzó por destrozarlas
y engullírselas sin asco:

de modo que las palomas
suerte peor encontraron
que vivir en la zozobra
del ataque del milano.

Si adoptas resolución,
medita debidamente,
no sea que tras de un mal
otro peor se presente.

EL LABRADOR Y SUS HIJOS

COMO viera su muerte muy cercana
un probo labrador llamó a sus hijos,
y al punto les impuso de los bienes
ocultos que en herencia les dejaba.

—Debéis buscarlos sólo entre la viña,—
dijo y murió el labriego afortunado,
y después de algún tiempo, con ahinco,
los herederos sin cesar cavaron.

Por la avaricia trabajaron mucho,
removiendo la tierra con cuidado;
pero, por más empeño que pusieron,
el tesoro jamás fué destapado.

La tierra removida rindió el fruto
rico, opimo, jugoso, tanpreciado...
El trabajo, sin duda fué el tesoro
que a sus hijos dejara el padre honrado.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

EN los rigores de aquel crudo invierno,
cuando los granos húmedos estaban,
una hormiga surgiendo de su cueva,
sacó su mies al sol para secarla.
Una cigarra hambrienta y aterida
acercóse humildosa y lastimera
y con voz vacilante pidió un grano
para saciar su hambre tan intensa.
La avara hormiga le negó su ayuda
y con frases muy duras, inclemente:
—¿Qué hiciste en el verano? —le decía—
No merece mi ayuda la indolente.

—No estuve ociosa, dijo la cigarra;
cantar siempre en verano es mi divisa.

—Pues la que canta en el verano, baile
de hambre y de frío, contestó la hormiga.

¡Dura lección!... Si una, imprevisora;
la otra mezquina, saco de avaricias.

LA HORMIGA, LA PALOMA
Y EL CAZADOR

asentada
AL agua cayó una hormiga
y allí habría sucumbido,
si no lo hubiese advertido
una torcaz compasiva,
que asentaba sobre un árbol,
presentía la desgracia
y, deseando prevenirla,
le arrojó una verde rama.
Salvóse al cabo la hormiga
y ya en tierra libertada,
caminaba a toda prisa
hacia su obscura morada,

cuando vió que un cazador
avistando al ave buena,
se disponía a arrojarle
una mortífera flecha.
Sin vacilar la hormiguita,
apretando el paso más,
trepó al talón del intruso
y le picó sin piedad.
Sorprendido el cazador,
desistió del cruel intento,
para rascarse el talón
que le escocía en extremo:
mientras, el ave, advirtiéndolo
el peligro que corría,
emprendió su fugaz vuelo,
poniendo en salvo su vida.
Así, de un modo ingenioso
logró la obscura hormiguita
mostrarse a la fiel paloma
en un todo agradecida.

Si hasta los seres pequeños
reconocen beneficios,
fuerza será que los hombres
se muestren agradecidos.

LA MOSCA Y LA MULA

POR una calle, maltrecha,
iba una mula tirando,
guiada por el carrero,
un carrito bien cargado.
Una mosca volandera
que en el carro se asentara,
importunaba a la mula,
diciendo: ¡A prisa, holgazana!
Si no corres más ligero,
voy a picarte sin lástima.
—Tu amenaza no me importa,
—dijo la mula,— a quien temo
es al amo que me guía,

que de un solo latigazo
 puede herirte, vil insecto;
 yo sé cuándo he de parar
 y cuándo he de andar ligero...
 ¡Aparta, mosca importuna,
 si quieres salvar pellejo!—
 Dando en la tecla, la mula
 siguió marchando a compás,
 mientras la mosca, asustada,
 guardó un silencio tenaz.
 Así los hombres cobardes
 de bravucones se dan
 y cual la mosca del cuento,
 sólo atinan a callar,
 cuando se dan con un hombre
 valiente a carta cabal.

EL GATO Y LA ZORRA

EN la espesura de un ameno bosque
 conversaban un gato y una zorra;
de palabra en palabra, a hablar vinieron
de la vida y de todas sus zozobras.
Las vicisitudes nunca me perturban,
con vanidad jactábase la zorra;
tengo recursos mil; mi arte es vario
y a pesar de los trances salgo airosa.
El gato replicó en humilde tono,
mirando a su amiguita compungido:
Mil recursos tenéis... y yo, uno solo;
si lo pierdo, también yo estoy perdido.

A este punto del diálogo llegaron
varios perros de caza a cuya vista
el gato utilizó el recurso suyo
comenzando a correr árbol arriba.
La zorra, en tanto, con sus "mil recursos",
entre los cuales solo halló la fuga,
cayó vencida por los fieros canes,
sin amparo, sin ley y sin fortuna...

Desde entonces, si alguien no se opone,
como ley de ocasión fácil y pronta,
para intentar salvar el débil cuero,
se acude a la cobarde escapatoria.

LOS GALLOS Y LA PERDIZ

COMPRÓ un hombre una perdíz
poniéndola entre los gallos
los que siempre, enardecidos,
la herían a picotazos.

El ave toda afligida,
en un rincón alelada,
quedóse quieta, observando
a los combativos gallos.

Vióles pelearse entre ellos
a picoteo y a puazos,
maltratándose inclementes
cual si no fueran hermanos.

Y la perdíz, sentenciosa,
dijo para su colete:
si entre hermanos se destrozan,
¿habrá para mí respeto?

Fuerza será el tolerar
a estos gallos mal nacidos:
quien injusticias tolera
quizás conjure el peligro.

EL ASNO Y EL PERRITO

Cierto asnillo, con aire envidioso
observaba que su amo y señor
lo tenía cuidado y mimoso
a un perrito vivaz, juguetón.

Quiso el asno imitar al canino,
y fingiendo un talento genial,
en presencia del dueño se puso
a ensayar zarabanda infernal.

Tan ridículo estuvo el jumento,
fué tan necio, tan fatuo, y audaz,
que una risa burlona fué el premio
de su tonta farándula asnal.

Tras del baile, rebuznos sin cuento,
al oído del amo soltó
y, creyendo halagarle, contento,
en el rostro también le lamió.

Enfadado el señor de esta burla,
una estaca pesada tomó,
y en las pobres costillas del asno,
iracundo y feroz, la partió.

Ya repuesto de todos sus males,
el pollino no acierta a saber
cómo es que con causas iguales,
distintos efectos se llega a tener.

EL PARTO DE LOS MONTES

EN tiempos remotísimos los montes
conmovídose hubieron de tal suerte,
que aterrados decíanse los hombres:
¡qué formidables cosas habrá dentro!

Abriéronse por fin con gran espanto
y en lugar de los monstruos tan temidos,
de su entraña terrible y portentosa
sólo salió un menguado ratoncillo.

Nos enseña esta fábula, lectores,
que los que más prometen hacen menos
y que hay que desechar vanos temores,
porque el mayor peligro está en el miedo.

EL PESCADOR Y LOS PECES

EN su barca un pescador
tañía su dulce flauta,
creyendo que aquellos sonos
harían surgir los peces
sobre la faz de las aguas;
pero viendo que los peces
no hacían el menor caso,
prefirió tirar las redes
para poder atraparlos.
Al ver que pescaba tantos,
ya satisfecho exclamaba:
¡Oh, peces! Me figuré

que la música os gustara,
pero veo que las redes
son más diestras que mi flauta.

Moraleja

No juzguéis por apariencias,
ni adoptéis recursos nuevos,
si practicáis los antiguos
con toda honra y provecho.

LOS LOBOS Y EL ASNO ENFERMO

DIVULGÓSE, por cierta comarca,
de que un asno enfermándose había;
era en carnes muy rico y su fama
por el bosque veloz ya corría.

Varios lobos, “amigos” del asno,
se llegaron con gran cortesía,
preguntando, con falsa tristeza,
si esperanzas de vida tenía.

Pero el hijo mayor, maliciando,
la intención de los lobos malignos,
asomó la cabeza anunciando:
No, mi padre no está de peligro:
¡Cómo hubiérais deseado, vosotros,
atracaros de carne de “amigo”!

LA GOLONDRINA Y LAS OTRAS AVES

MIENTRAS los rudos labradores
sembraban lino en la pradera,
las aves todas sin recelo
estaba viendo la tarea,
cuando la aguda golondrina,
llamando a todas, les previno:
Será un gran mal para vosotras,
pues las semillas darán lino
con que los hombres harán redes
para atraparos... los malignos...
Pero triunfando el menosprecio
ante su anuncio tan certero,
la golondrina optó bien pronto
por refugiarse en el alero.

Se hizo amiga de los hombres
para evitar persecuciones,
mientras las otras avecillas
muy tarde entraron en razones,
porque llegó el convencimiento
viendo a los hombres hilar lino,
viendo los hilos y las redes
en que cayeron sin motivo.

Valen ajenas opiniones:
¿Sólo la nuestra ha de valer?
Hagamos caso de razones,
si nos queremos precaver.

LA RANA Y EL BUEY

MIRABA una rana a un buey
que en verde prado pacía
y, con gran altanería,
quiso ser más grande que él.

Inflándome, —se decía,—
su tamaño alcanzaré,
o será mayor mi talla
que la del rústico buey.

Inflóse al punto y, llamando
a su prole, interrogó:
¿Soy yo más grande, hijos míos,
que aquel infame sobón?
Los hijos, humildemente,
le respondieron que no.

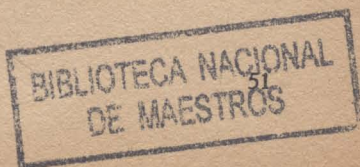
Inflóse, inflóse la rana,
hasta estirar bien su piel,
y a sus hijos la pregunta
hizo por segunda vez.

—No, no, dijeron en coro
los niños ranas, —no, no;
ya no podréis, madre nuestra,
dejar de ser lo que sois.

Furiosa, entonces, la rana,
con tal ímpetu se infló,
que reventó en mil pedazos
la vanidosa, y murió.

Sacrificio semejante
no le valió para nada
y el buen buey siguió paciando,
sin ver a la infortunada.

Mientras tanto los ranillos,
con la experiencia fatal,
dijeron: ¡Qué cosa necia
son orgullo y vanidad!



EL LOBO Y EL CARNERO

SE lamentaba un pastor
de la muerte de su perro
y un carnero que le oía
le dijo: tengo un remedio

Señor amo: disfrazadme
con la piel del noble perro
que acaba de perecer,
pero antes cortad los cuernos.

Yo perseguiré a los lobos
con todo encarnizamiento,
y el pastor, muy complacido,
no tardó en cumplir consejo.

Los lobos, en un principio,
sin notar el vil engaño,
huían ante la vista
del carnero disfrazado.

Pero sucedió, no obstante,
que persiguiendo el carnero
a un lobo, se le cayó
la postiza piel del perro.

—¡Con que eras tú, dijo el lobo,
y engañarme era tu intento!
Hoy mismo vas a pagarme
muy caro tu atrevimiento.

Es imprudente y es tonto
atacar al que es más fuerte,
y en ardides no te fíes
si quieres no hallar la muerte.

EL LEON Y EL RATON

UN león melenudo, harto de carne,
reposaba a la sombra, somnoliento,
cuando varios ratones husmeadores,
treparon casualmente por su cuerpo.

Despertado el león, echó la zarpa
sobre el más temerario animalillo,
y al verse el ratonzuelo aprisionado,
pidió gracia y perdón, afligidísimo.

Juró ser servicial y diligente,
nunca más molestar a Su Realeza,
y el león, deponiendo su fiereza,
irónico sonrióse y fué clemente.

Algún tiempo después, cayó la fiera
en las redes de astutos cazadores,
y su inmenso poder no le bastaba
para romper los hilos vengadores.

Atronaron la selva sus rugidos
y el ratón perdonado que vagaba,
oyó el grito de rabia del vencido
y a la cárcel del Rey se aproximaba.

Con sus dientes pequeños royó al punto,
las mallas de la red, y en un momento,
al león prisionero, el ratoncillo
le salvó de la muerte y del tormento.

(Y esta vez, no se dice que riera
con irónico tono, la gran fiera).

LA ZORRA Y EL CUERVO

SOBRE la copa de un árbol
picoteaba el señor cuervo
con fruición y con delicia
un rico trozo de queso.

Al punto lo espío una zorra,
gran astuta y zalamera,
y comenzó a discurrir
cómo hacer, de qué manera
apoderarse del queso
que el apetito le abriera.

—Buenos días, señor cuervo,
¡Qué bello estáis y qué hermosas,
refulgentes, renegridas,
tenéis las plumas ahora!

¡Qué gentil es vuestro porte!
¡Oh, gran señor, qué modales!
Lástima que vuestra voz
amengüe vuestros quilates!

Si la tuviérais tan buena,
las aves todas vendrían
y en innúmero asamblea,
por Rey os proclamarían.

El tonto cuervo la arenga
escuchó tan esponjado,
que en su estúpida ceguera
quiso ser héroe del canto
y graznó de tal manera,
que soltó el queso, entretanto.

Recogió la zorra el queso
y, comiéndolo con ansia,
indemnizó al señor cuervo,
pero sólo con palabras:

—Amigo cuervo, yo quiero
daros un útil consejo:
Los seres aduladores
tan sólo van por el queso.

EL CABALLO Y EL CERDO

ECHADO en inmundo estiércol,
un cerdo tomaba sol,
cuando trotando impaciente
un bello alazán cruzó.

Marchaba para la guerra,
lleno de brío y vigor,
con ese orgullo entusiasta
propio del batallador.

El cerdo alzó la cabeza
con lentitud adiposa
y envidioso del corcel,
dijo con voz socarrona:

Tan sólo un loco se alegra
de ir en busca de la muerte:
detente, pues, y no vayas
a hallar tan infausta suerte.

Se detuvo el alazán
y replicó con desprecio:
Tienes razón, pero advierte.
que tu consejo es bien necio.

Yo siento inmensa piedad
de que te engorden así,
porque serás degollado...
¿De qué te vale vivir?

Pero entre una y otra muerte?
más preferible es mi sino;
tras de mi nombre, la gloria;
detrás del tuyo, el tocino.

EL HALCON Y EL GALLO

UN filósofo gallo pensativo,
desde un rincón de un amplio gallinero,
observaba a los criados que trataban
a las aves de mil modos diversos.
El halcón, por ejemplo, era tratado
con gran solicitud y cual ninguno.
Era orden del señor acicalarlo,
hacerle mimos, darle con el gusto.
A la inversa, las pollas y gallinas
con dureza y crueldad eran tratadas,
cuando, para tantearles la gordura,
sin piedad las cazaban de las patas.

Este modo de obrar indujo al gallo a esquivar hábilmente a los patanes, cuando cierta mañana, entrando un pinche, le llamó con fingidos ademanes:

“¡Tití! ¡Tití!...” Ni migas ni pitanzas, bastaron para hacer que se acercara y, terciando el halcón, díjole al ave:

¿Cómo? ¿No acudes? ¿No oyes que te llaman? Toma ejemplo de mí que con presteza acudo siempre, en cuanto me reclaman...

—Razón parece que te sobra, amigo, replicó sentencioso el pobre gallo...

Si a halcones esperaran asadores, sordos serían para el propio amo.

EL TROMPETERO

ARRECIABA la batalla
y un solemne trompetero
alentaba a los soldados
a empuñar el cruel acero.
Toques de guerra y de muerte
que la sangre enardecían,
que incitaban al desastre
y a la piedad maldecían.
Pero cayó prisionero
el fatal animador,
clamando: ¡No soy guerrero,
no he matado, por mi honor!

¡Libre de culpa, absolvedme,
perdonadme la existencia;
tan sólo soy el trompeta;
tengo limpia mi conciencia!
—Esta misma circunstancia
agrava tu proceder, —
le contestaron sus jueces—
Prepárate a perecer;
porque, si tú no has matado,
incitaste a la crueldad,
con tu trompeta guerrera,
con tus notas de impiedad.

Si delincuente es el hombre
que va sembrando el terror,
merece mayor castigo
quien ha sido agitador.

LOS LOBOS Y LAS OVEJAS

COMO los perros, según costumbre,
estaban siempre de centinelas,
fuertes y bravos, nobles y fieles
junto al rebaño de las ovejas,
los lobos pícaros que comprendieron
que no podrían llevar su ataque
debidamente, como deseaban,
sino valiéndose de alguna treta,
al punto enviaron sus mensajeros
a las confiadas, mansas ovejas,
para expresarles su gran deseo
de estar de amigos y en paz con ellas;

que en garantía de sus propósitos
estaban prontos a hacer entrega
de sus lobeznos, si ellas, en cambio,
les entregaban todos los perros.
Así se hizo, mas los lobeznos,
al verse lejos de sus papitos,
con gran escándalo ya se pusieron
a dar terribles, largos aullidos,
mientras el bando de los falsarios
que ya ultimaba a los pobres perros,
partió con furia a prestar socorro
a los quejosos, tiernos lobeznos.
¡Y allí fué Troya! Los traicioneros
las acusaban a las ovejas
de haber faltado a su compromiso...
Y sin más trámites acometieron.
Ya sin defensa las ovejitas
como rebaño se sometieron,
mientras los lobos, falsos, traidores,
con gran deleite se las comieron.

Esto nos prueba que es temerario
cuando se pacta con enemigos,
poner en manos de los falsarios
nuestros recursos, lector amigo.

LAS LIEBRES Y LAS RANAS

YA cansadas de verse perseguidas
por los perros, las liebres acordaron
que era mucho mejor rendir la vida
que vivir en continuo sobresalto.

De prisa dirigiéronse las liebres
a una laguna límpida y serena
donde precipitarse resolvieron,
para acabar así con su existencia.

Mas sucedió que al ver algunas ranas
acercarse a las liebres de tal guisa,
cundió el espanto y se arrojaron todas
ante el asombro de las muy suicidas.

Quienes de pronto allí se detuvieron
y una de ellas alzándose decía:
"Hermanas liebres, no desesperemos;
es sabio proseguir sin cobardía.

Me mueve a reflexión el ver las ranas
padeciendo mayor desasosiego,
Suframos hasta el fin nuestras desgracias
y que el caso nos sirva de escarmiento".

LA RAPOSA Y EL GALLO

IBA una raposa
trota que te trota,
llevándose un gallo
en la astuta boca.
La gente tras ella
echando a correr,
gritaba a la intrusa
que el lindo gallito
debía volver
al corral del amo
que le vió crecer.
Y el gallo le dijo:
¿No escuchas raposa,

todo lo que dicen
esos campesinos?
Debes contestarles;
diles que soy tuyo,
que no me reclamen,
porque tuyo siempre
quisiera yo ser.
Encontró acertadas
aquestas razones
la pobre raposa
ingenua esta vez,
y la boca abriendo
para dar respuesta,
dejó caer la presa
que echando a volar, ?
trepóse hasta un árbol
y la voz alzando
dijo a la raposa,
que nunca fué suyo,
que ella mentía,
que a los campesinos
él pertenecía.
Burlada la zorra,
pensó ya con juicio
que el hablar a veces
nos trae perjuicio.

LOS DOS GALLOS

DESPUÉS de cruenta pelea
un gallo venció a otro gallo
que hasta entonces fuera jefe
y sultán de su serrallo.
Mientras el pobre vencido
se escondía avergonzado,
el vencedor engreído
subióse sobre un tejado,
a propalar su victoria
satisfecho y entonado.

Muy poco duró el orgullo
del triunfador, pues de lo alto,
cayó un águila sobre él,
desgarrándole en pedazos.
En tanto el triste vencido,
aprovechando el momento,
volvió a ejercer su dominio
como rey del gallinero.

Si alguna vez en el mundo
en guerra o en paz te encuentras,
ni te envanezcas del triunfo,
ni en los laureles te duermas.

EL LEON Y EL ELEFANTE

UN león, gran señor de las selvas,
que escuchó la estridencia del canto
de un gallito garifo y orondo
que se hallaba posado en un árbol,

Se quejaba con harta impaciencia
del temor que le tuvo temblando
como débil reptil fugitivo
el clarín nocturnal de aquel gallo.

—No merece, —decía,— la vida,
quien sabiéndose ínclito y grande,
su poder en ridículo pone
ante el grito de un ser miserable.

De esta suerte el león discurría,
cuando vió que ante él, vacilante,
se arrimaba, cobarde y medroso,
un enorme ejemplar de elefante.

—¿Qué os aqueja? —le dijo— No entiendo
cómo el grande, el forzado, el gigante,
puede hallarse, sin causa aparente,
en tan necio y ridículo trance...

El señor paquidermo de la India,
enseñando su oreja, repuso:
esta mosca que zumba acá dentro
en derrota y en fuga me puso.

Y el gran rey de las selvas —¡Albricias!—
rugió alzando su voz cuanto pudo;
Sin sus débiles cosas cercada,
no hay grandeza que viva en el mundo!

EL TORO Y EL RATON

¶ UN cierto ratoncillo,
para matar el tiempo,
molestaba y mordía
con sus menudos dientes
a un toro corpulento;
el toro se movía
con el único intento
de ahuyentar al intruso
ratoncillo molesto,
pero éste se escondía
para volver bien presto
a molestar al toro
que se enfadó de veras,
y, sin poder vengarse,
rugía hecho una fiera.

Es inútil que rujas,
el ratón le decía,
pues con tu enorme fuerza
dañarme no podrías;
mi pequeñez extrema,
mi rapidez tan viva,
contra tu gran potencia
me defienden la vida.

No desdeñes a nadie
por humilde que fuere,
pues la maldad da armas
hasta a los seres débiles.

EL VIEJO Y LA MUERTE

UN anciano volvía de la selva
' fatigado del peso de su carga
y, dejando un instante su haz de leña,
sentóse a descansar de buena gana.

Comenzó por quejarse de su suerte,
de su vida afanosa y esforzada
y, llamándola a gritos a la muerte,
le pedía que al fin se lo llevara.

Presentóse la muerte y el anciano
cambió de parecer, estremeciéndose
al mirarla y le dijo: Te he llamado
porque estaban faltándome las fuerzas
y anhelo que me prestes una ayuda
para echarme a los hombros esta leña.

Si quieres evitar males muy grandes,
jamás desees lo que no convenga.

LA ZORRA Y EL CHIVO

CAÍDA una zorra a un pozo
no podía salir de él;
acercóse en ésto un chivo
azuzado por la sed
y preguntó a la raposa
si el agua del pozo aquel
estaba tan fresca y buena
para poderla beber.

—Baja , repuso la zorra,
tan fresca la encontrarás,
que por más que tú la bebas,
de ella no te cansarás.

Bajó el chivo; mas, la zorra,
saltando por cima de él
y apoyándose en sus cuernos,
salió del pozo. ¡A más ver!,
gritó con todas sus fuerzas
la astuta raposa y luego
con gran prisa echó a correr.

Si buscas, lector, consejo,
no te dejes engañar,
y antes prevé los peligros
que te puedan acarrear.

EL AMA Y LAS CRIADAS

TENÍA un ama la costumbre
de despertar por la mañana
a sus criadas cuando el gallo
daba su limpia clarinada;
pero las criadas remolonas,
confabuladas contra el gallo,
mientras el ave dormitaba,
con precauciones la mataron.
Mas, como el gallo ya no diera
su voz de alerta acostumbrada,
la dueña, un tanto cuidadosa,

aun más temprano levantábase
a despertar a las sirvientas
antes de la hora señalada.

Sucede a veces que en la vida
la situación empeoramos,
aunque el intento y las acciones
precisamente busquen lo contrario.

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

UNA liebre se burlaba
de cierta tortuga un día,
desafiándola a correr
una carrera tendida.

Aceptando la tortuga,
echóse a andar desde luego,
mientras la liebre dormía
muy confiada, a muslo suelto.

Así pudo la tortuga
pasar la línea indicada,
mientras la liebre en derrota
se quedaba rezagada.

Quien de sus fuerzas se paga
no confíe demasiado,
pues en cualquier contingencia
puede verse aniquilado.

EL CAZADOR Y EL CIERVO

UN ciervo que bebía en cierta fuente, gozábale mirándose en el agua; estaba satisfecho de sus cuernos, mas sus delgadas piernas censuraba. Mientras tanto, llegaban hasta el ciervo gritos de cazador, ladrar de canes y sintiéndolos ya poco distantes usó su ligereza como arma logrando así escapar de sus rivales con gran satisfacción y bienandanza. Mas sucedió que al penetrar al bosque, sus cuernos enredáronse en las ramas lo que valióle al cazador el triunfo pues sin peligro consiguió atraparle.

El necio ciervo al meditar su estado,
cambió de parecer sobre sus cuernos,
alabando a sus piernas salvadoras,
censurando su incómodo ornamento.

Lo que te enseña, mi lector amigo,
que no todo lo que agrada beneficia
y, a veces, lo que más nos desagrada
puede un motivo ser de nuestra dicha.

EL PERRO VANIDOSO

CIERTO can muy envidioso
acostarse acostumbraba
sobre una parva de heno
a los bueyes destinada.

Desde su lecho el mastín
a los bueyes molestaba,
ladrando con aspavientos
y con furiosa mirada.

Cuando un buey, el más audaz
púsose a tomar bocado,
el perro mostró los dientes
gruñendo envalentonado.

Muy envidioso y muy cruel
te muestras perro avariento
dijo el buey, —¿de qué te sirve
el heno que yo aprovecho?

Fea es la envidia a mi ver,
y su fealdad va en aumento,
si la maldad la acompaña
sin causa ni fundamento.

EL LABRADOR Y EL TORO

COMO tuviera un toro muy arraigado el vicio de acometer a todos, aún al amo mismo, se resolvió el despojo de sus dañinos cuernos; mas al privarle de ellos, el animal soberbio contrajo otra costumbre mucho peor, sin duda, pues escarbaba el suelo con sus recias pezuñas, causando más destrozos en sembrados y huertas, lo que valió que el amo determinara presto venderlo al matarife para sacarle el cuero.

No cuente con sus vicios el que la vida estime, pues con sus vicios sólo su propio mal consigue.

JÚPITER Y LA ABEJA

POR haberle regalado
a Júpiter cierta abeja
un plato de miel sabrosa,
el dios magnánimo y fuerte
dijo al laborioso insecto:
—Pídeme tú lo que quieras
—Quiero, dijo la abejita,
un arma que me defienda
contra el ataque del hombre
que de mi miel se aprovecha.
Júpiter que amaba al hombre,
pensó haber ido muy lejos
en su singular oferta

fruto de su agradecimiento,
más inclinado a cumplir
con su palabra al extremo,
dijo a la abeja: Consiento;
tu aguijón, desde este día,
podrá destilar veneno;
pero has de cuidar de usarlo
con parsimonia y con celo,
no sea que por clavarlo
pierdas la vida más presto.

LOS AMIGOS Y EL OSO

DOS compañeros caminaban juntos por la espesura de intrincada selva, cuando vieron venir un oso enorme, gruñendo de furor y de impaciencia. Sin tiempo que perder, el más cobarde trépose a un árbol por salvar su vida, sin prestar al amigo, cual debiera, la ayuda pronta, la atención cumplida. El amigo olvidado echóse a tierra sin más recurso que fingirse muerto; el oso lo olfateó, mas sin dañarlo, se ausentó del lugar a paso lento.

El del árbol, que entonces ya bajaba,
entre bromas y chanzas dijo al otro:
—¿Qué te dijo la bestia, amigo mío,
cuando su hocico se pegó a tu rostro?
—Algo importante díjome, repuso
el preguntado, devolviendo bromas:
“No tengas amistad con los cobardes
que en medio del peligro te abandonan”.

EL CAZADOR Y EL PERRO

TAN viejo y cansado estaba ya un perro que toda la vida sirviera a su dueño, que al andar de caza, cogiendo una liebre, dejóla escaparse, sintiéndose débil.

Enfadado el amo, reprochóle al perro:
¿Para qué te quiero, por qué te mantengo,
si de nada sirves? Y el can, respondiendo:
—Señor, muchos años te serví en silencio,

alababa, carezco de fuerzas, ya ni dientes tengo;
antes me alabábais cuando yo era nuevo,
pues valía mucho y hoy me reprendes
porque nada valgo, porque estoy ya viejo.

Recuerda lo de antes, considera luego
que siendo tan débil hago lo que puedo;
quien sirvió de joven con honra y provecho,
no está bien que al cabo sufra el menosprecio.

LOS LADRONES Y EL GALLO

Dos ladrones entrádose habían
en la casa de un hombre soltero
donde un gallo tan sólo vivía
cobijado en un gran gallinero.
No encontrando qué prendas robarse,
los ladrones llevaron al gallo,
con la sola intención de matarle
y engullirle después; pero el ave
convencer a los cacos quería
con protestas quizá razonables:
—Soy, les dijo, muy útil al hombre
a quien doy el anuncio del día;
es por mí que abandona su lecho
para darse a la diaria fatiga;

no merezco, por tanto, la muerte
y dejadme vivir, pues, mi vida.

—Por lo mismo que arguyes, mereces
que te demos la muerte, a porfía,
respondieron los crueles ladrones
a las frases que el gallo oponía;
si tu canto despierta a los hombres
que trabajan ganándose el día,
no nos queda otra cosa a nosotros
que meternos en nuestra guarida.

Es inútil que el débil y honrado
defender sus derechos intente.
Ante el hombre perverso no valen
las razones que al bueno convencen.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LA RAPOSA Y LA ZARZA

PERSEGUIDA por los perros
la fugitiva raposa,
toda afligida y medrosa
a una zarza fué a parar.

Y al sentirse desgarrada
por las punzantes espigas,
la pobre infeliz clamaba
por su percance fatal.

Esta zarza despiadada
en qué busqué protección,
más maligna que los canes,
me hace padecer peor.

Así la zorra decía,
reflexionando a deshora,
mientras sufría el tormento
de la zarza punzadora.

Cuando huyas de algún peligro
procede con reflexión,
no sea que al eludirle,
caigas en otro mayor.

EL HERRERO Y EL PERRO

MIENTRAS su amo el herrero
trabajaba todo el día,
su perro que era un poltrón
a pierna suelta dormía,
sin que el ruido estrepitoso
lo molestara ni pizca
y, en cambio, se despertaba
al tiempo de la comida,
para recibir goloso
su porción apetecida.

Ante tal conducta, el amo
es raro en extremo, dijo
que no interrumpa tu sueño
el ruido de mi martillo
y tan sólo el de mis dientes
te despierte de imprevisto.

Los holgazanes y ociosos,
aunque de perros se trate,
son seres que se nos tornan
por demás desagradables.

LA DAGA Y EL CAMINANTE

C IERTO caminante un día
halló una daga en el suelo
y al recogerla, curioso,
le preguntó por su dueño.
—Su nombre no viene al caso:
sólo sé que un hombre ha sido
quien, ingrato y veleidoso,
me ha tirado en el camino.
Pero me alegra pensar
después de todo, mi amigo,
que uno fué mi perdedor
y a ¡cuántos yo he perdido!

Escucha: Hagamos un pacto:
seré tu fiel compañera;
tu vida pondrás a salvo
cuando alguno te acometa...
Y el caminante, indignado,
arrojando el arma dijo:
El malo que pierde a muchos
cae al fin... Es su destino.

EL LOBO Y EL CABRITO

EN la escarpada cima de una roca
un cabrito mamón el sol tomaba,
cuando acertó a pasar penosamente
un lobo que volvía a la hondonada.
El cabrito, sintiéndose muy alto:
—Hola, lobo pelón, hambriento, infame,
torpe, viejo, infeliz! —burlón gritaba,
contemplando seguro el hondo valle.
Pero el lobo, con calma, levantando
la cabeza feroz, dijo al cabrito:
—No eres tú quien me insulta, no mi hijito:
es la piedra en que te hallas amparado;
puedes darle las gracias muy contento,
pues, sin ella, serías mi alimento.

INDICE



	<u>Pág.</u>
Palabras de la autora	5
El pavo real y Juno	11
El asno y las ranas	13
La zorra y el jabalí	15
El perro y la carne	17
El ladrón y el perro	19
La mujer y la gallina	21
El águila y el cuervo	23
Las palomas y el gavián	25
El labrador y sus hijos	27
La cigarra y la hormiga	29
La hormiga, la paloma y el cazador	31
La mosca y la mula	cc
El gato y la zorra	35
Los gallos y la perdíz	37
El asno y el perrito	39
El parto de los montes	41
El pescador y los peces	43
Los lobos y el asno enfermo	45
La golondrina y las otras aves	47
La rana y el buey	49

	Pág.
El lobo y el carnero	53
El león y el ratón	55
La zorra y el cuervo	57
El caballo y el cerdo	61
El halcón y el gallo	63
El trompetero	65
Los lobos y las ovejas	67
Las liebres y las ranas	69
La raposa y el gallo	71
Los dos gallos	73
El león y el elefante	75
El toro y el ratón	77
El viejo y la muerte	79
La zorra y el chivo	81
El ama y las criadas	83
La liebre y las tortugas	85
El cazador y el ciervo	87
El perro vanidoso	89
El labrador y el toro	91
Júpiter y la abeja	93
Los amigos y el oso	95
El cazador y el perro	97
Los ladrones y el gallo	99
La raposa y la zarza	101
El herrero y el perro	103
La daga y el caminante	105
El lobo y el cabrito	107





Este libro se acabó de imprimir en los
Talleres Gráficos PORTER HNOS.,
Estados Unidos 1864-66 el 20
de Febrero de 1940 en
Buenos Aires.



Dib. de Eva María Bada.

